

Campeones

Tomas el pasador metálico de la ventana con las dos manos. Te gusta sentir el frío en la punta de los dedos hasta que las uñas se te amoratan. No te atreves a abrir. Te encuentras demasiado cerca del cristal, tan cerca que has de contener el aliento para no empañarlo. Afuera, este invierno arrogante que obliga a permanecer en el hogar se transforma por unas horas en una especie de comensal desubicado en medio de un festejo. Achinas los ojos hasta ver los tres cañones en el fondo del patio grande. Apuntan a las nubes, listos para ser disparados en cuanto la final termine y la victoria sea un hecho. Sus bocas negras te hacen pensar en pájaros extraños que reclamaran algún tipo de alimento. Cuando vuelves a respirar, el vaho gana terreno y el mundo desaparece al otro lado.

Te das la vuelta. A tu alrededor el despacho de tu padre: rifles dentro de una vidriera, cuadros de antepasados con rostros serios, libros, más libros, mapas. Recorres los países con los nudillos de tu mano derecha. Golpeas los que te caen mal. Acaricias los que te gustaría conocer. Después te tumbas en el sofá y, tal y como imaginas que hacen los adultos cuando piensan en las cosas transcendentales, miras el techo. Huele a tabaco y a humedad. A tinta y a pólvora. Suspiras y te dejas invadir por un bienestar de madriguera. No hay juego, chiste o comida que te haga disfrutar tanto como estos breves e inusuales momentos de soledad. Aún no sabes por qué, y tardarás muchos años en descifrar el motivo. Te hundes en el refugio tibio de los cojines. Poco a poco tu cuerpo se ablanda, los brazos vencidos, el estómago caliente. Estás a

punto de quedarte dormido, pero entonces te llega un rumor repentino de sollozo ahogado, una ola que arrasa sin compasión tu castillo de arena.

Te levantas de un salto, corres la cortina, abandonas este espacio prohibido y caminas por el pasillo de regreso al salón. Puedes sentir la densidad creciente del aire. Los sonidos se aclaran. Escuchas algunas palabras que no te permitirían repetir, un aplauso minúsculo de ánimo, y un par de golpes secos, de un puño cerrado contra, quizá, el respaldo mullido de una silla. Cruzas el umbral. Sólo ves nucas tensas, cabezas que niegan, algunas mandíbulas desencajadas. Están todos tus familiares cercanos en la misma habitación: tus abuelos, tus tíos paternos, tu hermano mayor, tu madre meciendo el capazo de Marcela, ese bebé que te presentaron por sorpresa hace seis días y que ahora es tu hermana. Faltan, como siempre, el primo Lauro y la prima Jimena, de los que ya nadie habla, y tu padre, que siempre trabaja cuando hay partido. En la pantalla de la televisión, Holanda acaba de empatar. El reloj marca ochenta y dos minutos. Argentina tendrá que esperar a la prórroga para ser campeona del mundo.

-¿Dónde estabas, boludo? – te pregunta tu hermano. No respondes. Te limitas a sostener su mirada durante unos segundos eternos, hasta que él se cansa y descarga la palma de su mano izquierda sobre tu cuello, sin demasiada violencia, ya no le hace falta para demostrarte quién de los dos está al mando. Te has resignado, desde el comienzo de la competición, a que tu rutina sea la burla, con suerte la indiferencia. Incluso en el colegio de nada te sirve ser el hijo del capitán Dante Salas. Nunca debiste reconocer que no te gusta el fútbol

y que la selección nacional apenas te importa. Para tus antiguos amigos eres poco menos que un traidor a la patria.

-Se acabó la cerveza – se lamenta tu madre al contemplar la enorme colección de botellines vacíos que abarrotan la mesa de bocote -. Ricardo, trae rápido unas cuantas de la heladera del sótano – le pide a tu hermano.

-Ya has oído – te dice Ricardo -. Bajá vos.

De nada te serviría discutir con él y prefieres, además, no tener que participar de esa ridícula pena desatada en torno a un balón, de modo que le obedeces y te marchas.

Coges aire y cuentas. Uno, dos. Has de cruzar un par de corredores y cuatro pisos hasta llegar al comedor subterráneo de oficiales, donde se encuentra el refrigerador comunal que tu madre acostumbra a usar como si fuera suyo. Diez, once, doce. Desciendes por la escalera de caracol. En la segunda planta y en la primera las oficinas están vacías y la oscuridad es absoluta. Caminas de puntillas, ingrávido, a través de un espacio que existe únicamente porque tú lo rozas. Treinta, treinta y dos, treinta y cuatro. En la planta baja tampoco hay nadie en los talleres, pero una luz mínima se filtra por debajo de la trapa metálica del garaje. Cincuenta y seis, cincuenta y nueve. Te conviertes en un insecto, incapaz de evitar la atracción de aquella rendija brillante. Olvidas las cervezas y a tu madre. Sesenta. Te aproximas al rincón de los misterios. Algo para lo que no tienes nombre sucede en su interior y quieres saber qué es. Setenta. Tu oído junto al infierno. Setenta y cinco. Un susurro suplicante, de mujer, sale de ese cuarto, revolotea sobre ti y se clava en tu estómago. Los pulmones te arden. Respiras. Jadeas. Setenta y ocho, un nuevo récord. En el

verano ya podrás cruzar, estás seguro, la piscina buceando de lado a lado. Por un momento el silencio se adueña de todo hasta que, de pronto, el susurro muta en gemido agónico, como de animal marino o de barco que se hunde, un lamento sibilante, único, tan profundo y desgarrador que será durante años el protagonista de tus pesadillas. Aterrado, retrocedes. Das un paso de espaldas, y otro, y otro más. Tu cuerpo choca contra otro cuerpo. Una mano sobre tu hombro. Reconoces esa mano, gigante, áspera y sin embargo acogedora, como los domingos de invierno o como la corteza de un árbol. Te giras.

-¿Qué hacés aquí abajo?

-¿Papá?

-Ya te expliqué cientos de veces que no puedes venir acá cuando laburo.

-Se terminó la bebida y mamá dijo...

La mujer del garaje chilla más fuerte, pero su grito es aplastado de inmediato por otro que surge, podrías jurarlo, de las entrañas de la tierra. Las copas de los árboles vibran, el edificio tiembla, un estrépito de cohetes restalla a lo lejos. Gol de Kempes, dice alguien. La mujer llora y pide algo por favor, por favor, por favor. No, repite después. No. No. Más cohetes. Un perro ladra. El dolor y el gozo ajenos te envuelven, y se mezclan, confundiéndose, para dar forma a lo que, a partir de ahora, será tu vida. Tu padre se agacha, te pellizca suavemente una mejilla y sonrío. A continuación, te coge en vilo. Sostenido en sus brazos las llamas dejan de quemar y todo parece más sencillo. Cuando seas adulto te costará reconocer a este hombre amoroso y protector en el Dante Salas del que hablará la prensa. Te gustaría permanecer así para siempre, pero la selección marca por tercera vez y la locura ya es imparable

-Hoy el centro del universo está en Buenos Aires – dice tu padre -, y eso no sucede a menudo. Venga, vayamos a casa.

Setenta y ocho, setenta y siete, setenta y seis. Avanzáis tan rápido que te mareas. Cierras los ojos. No puedes ver cómo dejáis atrás los talleres, y las oficinas desiertas, y el pasillo interminable de la tercera planta. Sesenta, cincuenta, cuarenta. No ves a tu familia dando saltos de alegría, ni a tu hermano saludándote con las dos manos extendidas y todo el cariño en ellas que es capaz de ofrecer, ni a tu madre que te mira con ternura. Treinta, veinte, diez. No ves a Marcela, sus labios húmedos, dibujando el discreto anticipo de una sonrisa. No ves nada. No puedes ver nada. Tres, dos, uno. No deseas ver nada, y en todo este tiempo no dejas de pensar en una sola cosa: quién será el primero en percatarse de que contigo no has subido ninguna cerveza.

Seudónimo: Patay